



# LITERATURA Y DIPLOMACIA

---

Por JOSÉ CUENCA  
Embajador de España

La relación de la literatura con la diplomacia no es casual. No en vano, media docena de embajadores han acabado recibiendo el Premio Nobel de literatura por sus narraciones, más allá de las relaciones internacionales. En este artículo, José Cuenca (Iznatoraf, Jaén), que fue embajador de España en Bulgaria, la Unión Soviética, Grecia y Canadá, explica esa especial relación. Él mismo ha predicado con el ejemplo y ha publicado, entre otros libros, 'La sierra caliente' (Anaya, 2003), 'La noche de bodas. Relatos de Cazorla y de Segura' (Anaya, 2010) y 'Encuentros de un embajador con don Quijote' (Raíces, 2008). A continuación, glosa especialmente las andanzas de Washington Irving, Juan Valera y Ángel Ganivet.

Pero hay muchos más.

**SIEMPRE HE VISTO** un arcano fascinante en la pasión del diplomático por el arte de la pluma. Una irreprimible inclinación donde nos encontramos, entre los que siguen esta carrera mía, con media docena de Premios Nobel y un vasto catálogo de magníficos escritores, españoles muchos de ellos, que han llevado a cabo una formidable aportación a la literatura universal.

Comenzaré por plantearme dos preguntas. Son estas: ¿por qué escribe el diplomático?, y ¿cuáles son los géneros literarios que suele cultivar? Ante todo, vaya por delante que los de este viejo oficio hemos sido instruidos para redactar cartas, despachos, notas, informes y telegramas sobre diferentes temas. Así que ya tenemos la respuesta a la primera cuestión: el diplomático escribe como parte del trabajo cotidiano. Y lo hace en cumplimiento de una de sus más características funciones, tal y como vienen fijadas en el párrafo 1º del artículo 3º de la Convención de Viena sobre Relaciones diplomáticas: el deber de informar. Por tanto, nos vemos inclinados a sentarnos ante el ordenador por un doble motivo: por obligación, y también por el placer de contar cosas. Esa pulsión incontenible que García Márquez ha calificado de “insaciable y abrasivo vicio de escribir”.

En cuanto a los géneros literarios más tratados, el abanico de opciones es tan amplio, que lo abarca casi todo. El diplomático es un viajero, por definición; un ser cosmopolita, que se mueve en las más diversas geografías, del Norte y del Sur, del Este y del Oeste. Y es en ese marco cambiante y colorista donde desarrolla sus tareas. De ahí la tentación de publicar tan excitantes experiencias, vividas en países muy lejanos, y retratar ese ambiente de exotismo y aventura que ha podido conocer en sus desplazamientos por las latitudes más variadas. Datos todos que le abren un extenso campo en el que se considera experto: los libros de viajes.

De otro lado, su profesión le obliga a enviar

cartas: cordón umbilical, jugoso y entrañable, que le mantiene en estrecha relación con sus autoridades. Se trata de un contacto directo y personal, al margen de la fría objetividad de los informes, la rutina del despacho o la obligada brevedad del telegrama. Así aparece otro capítulo en el que contamos con maestros consagrados: el género epistolar. A él me voy a referir al analizar la obra de alguien avezado en este difícil y arriesgado menester: don Juan Valera.

La Historia no debe ser ajena a las preocupaciones del Jefe de Misión. En sus tres ámbitos: la de su propio país, que necesita conocer; la del puesto donde ha sido acreditado, que le ayudará en su cometido; amén de un amplio enfoque sobre Historia Universal, porque las relaciones internacionales obedecen a unas pautas que no puede ignorar. Y de ese obligado contacto surge, con frecuencia, su deseo de adentrarse en el estudio y análisis de acontecimientos no bien conocidos o muy mal estudiados. Por eso, entre los diplomáticos abundan muy serios y rigurosos historiadores. Y Washington Irving, del que me ocuparé más tarde, es uno de ellos.

## De la embajada a Estocolmo

La poesía nos ha dado muy altos valores en el arte de la pluma. Son varios los diplomáticos-poetas galardonados con el más preciado de los premios: el Nobel de Literatura. Ahí tenemos la obra de Pablo Neruda, embajador en París y cónsul en Madrid y Barcelona; o los poemas de la chilena Gabriela Mistral; o la rica aportación del guatemalteco Miguel Ángel Asturias, tan unido a nuestro país. Y esto, por citar solo tres diplomáticos que publicaron su importante producción poética en español.

En fin, el teatro, las memorias y la narrativa, en todas sus manifestaciones, cuentan, entre mis compañeros, con algunas de las figuras más brillantes de las letras españolas. Es la parte



sustancial de este trabajo. Ante la imposibilidad de referirme a un grupo tan nutrido, quiero concentrar sólo en dos nombres: don Juan Valera y Ángel Ganivet. Pero hay muchos, muchos más.

El primero de los géneros literarios citados es el de los libros de viajes. Aquí tenemos dos ejemplos muy tempranos: ‘Il Milione’, popularizado como ‘Libro de las maravillas del Mundo’, atribuido a Marco Polo, y la obra del madrileño Rui González de Clavijo, en la que el famoso enviado de Enrique III nos relata, con prosa certera y divertida -la anécdota del Guadiana no tiene desperdicio- su aventura en Samarcanda.

En su obra, Marco Polo nos demuestra cómo una expedición inicialmente comercial puede servir para plasmar sobre el papel la descripción de tierras muy lejanas: las del hermético y milenarismo Imperio de la China. Se ha dicho, y es verdad, que la primera encomienda de los Polo, a finales del siglo XIII, tuvo un carácter puramente comercial: abrir para Occidente, donde

**“EL DIPLOMÁTICO ESCRIBE COMO PARTE DEL TRABAJO COTIDIANO. Y LO HACE EN CUMPLIMIENTO DE UNA DE SUS MÁS CARACTERÍSTICAS FUNCIONES: EL DEBER DE INFORMAR”**

ya brillaba el poderío de Venecia y la opulencia de las ricas ciudades italianas, la ruta de la seda. Pero en el segundo de sus viajes al Catay, Marco era portador de una carta del Sumo Pontífice dirigida a Kubla Khan. Lo que incluía el componente diplomático que acabo de citar.

El segundo de estos libros de viajes, titulado ‘Vida y Hazañas del Gran Tamorlán, con la descripción de las tierras de su Imperio y Señorío’, lo publicó Rui González de Clavijo en 1406, tras su periplo a la legendaria Samarcanda. En este caso, sí estamos ante una misión netamente diplomática: recabar el apoyo militar

de la caballería mongola para contener al turco Bayaceto II, que amenazaba las fronteras de la cristiandad. El viaje, realizado entre 1403 y 1406, se hizo en barco en su primer trayecto, entre el Puerto de Santa María y Trebizonda. Después, Clavijo y su acompañante, el dominico Alfonso Páez de Santamaría (que hablaba varios idiomas), se incorporaron a una caravana hasta la mítica ciudad de Samarcanda, sede de la rica y poderosa corte del Mongol. El intento no cuajó, por la muerte inesperada de Tamorlán; pero puso de relieve la pujanza de Castilla y la vocación internacional de su rey, Enrique III, capaz de poner en marcha una operación tan ambiciosa.

Y vamos con el análisis de las obras de los tres diplomáticos elegidos para ilustrar esta pasión por la escritura: un americano, que llegó a ser embajador en Madrid (Washington Irving); un personaje fabuloso, que desempeñó, entre otros destinos importantes, el de embajador en Washington (don Juan Valera); y un andaluz atormentado por el recuerdo de su Granada natal (Ángel Ganivet).

## **Washington Irving: un enamorado de España**

Irving llega a nuestro país a finales del invierno de 1828. Y descubre su belleza y atractivo al atravesar Despeñaperros. Ese día, tras rodar en diligencia por los anchos secarrales de La Mancha -un paisaje que describe como “áspero, triste y melancólico”-, se le abre Andalucía con todo el esplendor de una primavera ya cercana. Es la España que calificará de “tierra de promisión, país de ensueño y paraíso terrenal”. Viene desde París, comisionado para estudiar la obra de investigación que está propulsando don Martín Fernández de Navarrete sobre la gran epopeya americana. Y ahí, durante su estancia en Sevilla (Archivo de Indias y

## **“MARCO POLO NOS DEMUESTRA CÓMO UNA EXPEDICIÓN INICIALMENTE COMERCIAL PUEDE SERVIR PARA PLASMAR SOBRE EL PAPEL LA DESCRIPCIÓN DE TIERRAS MUY LEJANAS”**

Biblioteca Colombina) y sus desplazamientos a Moguer, la Rábida y Granada, encontrará el marco adecuado para desplegar su talento de estudioso y narrador.

El 8 de marzo de ese año, festividad de San Juan de Dios, llega por primera vez a su Granada. El deslumbramiento que le causa lo expresa en una carta. Se trata de una de las más esclarecedoras, luminosas y sinceras de cuantas escribió a lo largo de su vida: la que dirigió a Antoinette Bolliver. En ella le confiesa su alegría cuando, “después de atravesar el Puente de Pinos, divisamos Granada, con su Alhambra, sus torres y sus montañas nevadas”. Fue como un relámpago violento y cegador. Y esa fascinación perdurará durante los años que pasó en España, primero como secretario de Embajada y, luego, como Embajador en Madrid.

Su ingente obra como historiador y novelista le valió la más alta consideración en los Estados Unidos, amén de un puesto relevante en la literatura universal. Yo deseo detenerme en el análisis de una aportación muy singular, relativa a la ciudad que tanto amó: ‘Los Cuentos de la Alhambra’.

De niño, descubrí el hotel Washington Irving una tarde que subía con mis compañeros del primer curso de bachillerato. Mirad, nos dijo el profesor que nos acompañaba, este hotel fue construido sobre las ruinas de la pequeña casa en que vivió un famoso novelista americano, de ese mismo nombre. Y en ella, escribió su obra

más famosa, ‘Los cuentos de La Alhambra’, que abrió el mundo al conocimiento de Granada.

Con el tiempo, he ido descubriendo que tan bien intencionada información escondía una doble falsedad: ni Washington Irving vivió en casita alguna, sino en el recinto de la Fortaleza Roja, ni entonces redactó sus afamados ‘Cuentos’, que no aparecieron impresos hasta tres años después. También exageraba al decir que con ellos se “abrió el mundo al conocimiento de Granada”, porque no es así.

El duque de Gor, su amigo, le ofreció acomodo en la ciudad y las facilidades necesarias para la consulta de los libros de que disponía, además del manejo de legajos, manuscritos y baldiques en bibliotecas y archivos oficiales. Pero la mayor parte de su estancia, durante 1829, la pasó alojado dentro de La Alhambra, donde una placa nos recuerda todavía las que fueron sus habitaciones.

## Inspirado por Sherazade

En ese lugar de privilegio, se dejó tentar por la leyenda de la bella y seductora Sherazade, diestra en las sutiles, sosegadas y muy antiguas artes de contar cuentos. Y se dispuso a preparar los suyos. A tal fin, escuchó viejas historias sobre bravos caballeros zegríes y abencerrajes, marinos y piratas, tesoros escondidos y hermosas princesas desdichadas.

Pero allí no escribió los ‘Cuentos’, al menos en su redacción final. El libro en sí no se publica hasta 1832, tanto en Londres como en los Estados Unidos, mucho después de abandonar Granada. Además, ese primer texto, titulado ‘La Alhambra’, tampoco fue definitivo, sino que sería corregido y ampliado a base de las notas, apuntes, documentos y papeles que guardaba. De manera que, para tener una versión íntegra

de los ‘Cuentos de La Alhambra’ -ahora ya se llamarán así- hay que esperar hasta 1851, cuando la editorial Putnam dio a la estampa la obra finalmente rematada, tanto en su título como en su contenido. Para ella, el autor añade un prólogo donde nos revela que guardaba varios borradores, ahora sacados a la luz por vez primera; que se añaden nuevos elementos, a fin de comprender mejor ese microcosmos granadino; y que en los ‘Cuentos’ ha intentado trasladar a sus lectores el mundo “mitad español y mitad oriental” de aquel palacio, junto al espíritu galante y caballeresco que aún sobrevivía bajo sus bermejas torres almenadas.

Respecto a la difusión de la imagen de Granada, algo debemos precisar. Antes de los ‘Cuentos’, ya habían visto la luz varios libros de viajes -ingleses, franceses, italianos- sobre España. Y en ellos nunca faltaba un recorrido por Andalucía y la obligada visita a la antigua corte de Boabdil. En la mayoría de los casos, son obras ilustradas con espléndidos grabados sobre las estancias del glorioso alcázar nazarí. Esto es cierto. Pero el mérito de Irving no estuvo en descubrir sino en divulgar. Y eso nadie se lo puede discutir.

Para la Casa de América en Sevilla esculpió Mariano Benlliure una plaqueta de bronce en la que figura esta leyenda: “A Washington Irving, en recuerdo de su amor a España: 20 de mayo de 1925”. Eso es exactamente lo que fue: un enamorado de nuestro país. A él le debemos, además de la biografía de Colón, que reavivó en el mundo entero el tema del Descubrimiento y la figura del Almirante de la Mar Océana, el impacto que tuvieron los ‘Cuentos de La Alhambra’. Un libro que popularizó en su país, y en toda Europa, el hechizo misterioso de la Fortaleza Roja, el más bello palacio del planeta. Y a él le debo yo mis primeros entusiasmos de chiquillo por ese mundo de leyenda al que supo despertarme cuando leí, con la ilusión de mis once años, los relatos que aún conservo en la memoria.

## Don Juan Valera: el más grande

Si hay un diplomático-escritor, maestro en el arte de la pluma, ese es el cordobés don Juan Valera: embajador, académico, periodista, consumado especialista en el género epistolar y uno de los más grandes narradores del siglo XIX. Profundo conocedor del corazón de la mujer -ahí están ‘Pepita Jiménez’, ‘Juanita la Larga’ y ‘Doña Luz’ para probarlo-, nos ha dejado no sólo una impresionante producción literaria (cuentos, cartas, teatro, novelas, artículos periodísticos) sino el rico testimonio de una vida de creación y de aventura.

Nació don Juan en Cabra, el 18 de octubre de 1824, hijo de un marino y de doña Dolores Alcalá-Galiano, marquesa de La Paniega y portadora de apellidos nobles e influyentes en la España de su tiempo. Bien aconsejado por su madre, no quiso seguir la carrera de las armas, a la que parecía destinado, inclinándose por el mundo de las letras, el Derecho y las humanidades, antes de acceder al oficio que marcó toda su vida: la diplomacia.

Don Juan debutó en esta profesión como agregado de embajada en la Legación en Nápoles, que dirigía otro literato cordobés: el duque de Rivas. Y se cuenta que, con sus 23 años recién cumplidos, hizo lo que un leal, respetuoso y discreto funcionario nunca se debe permitir: quitarle la novia al Embajador. Vaya en su descargo que la tal señora debía ser de armas tomar porque, según refiere Valera en una de sus cartas, la moza pasó de Nápoles a Roma -y cito las palabras de don Juan- con “un atrevidísimo y endiablado propósito”: seducir al Santo Padre (nada menos que Pío IX), si se le presentaba la ocasión. Objetivo que, por supuesto, no pudo lograr.

Rivas dispuso la salida del joven agregado sin mayores miramientos, como era de esperar. Y don Juan, tras servir en varios puestos, fue nombrado en San Petersburgo, a las órdenes del

“SON VARIOS LOS  
DIPLOMÁTICOS-POETAS  
GALARDONADOS CON EL  
MÁS PRECIADO DE LOS  
PREMIOS, EL NOBEL DE  
LITERATURA. AHÍ TENEMOS  
LA OBRA DE PABLO NERUDA,  
EMBAJADOR EN PARÍS, O  
LOS POEMAS DE LA CHILENA  
GABRIELA MISTRAL, O LA  
RICA APORTACIÓN DEL  
GUATEMALTECO MIGUEL  
ÁNGEL ASTURIAS”

duque de Osuna. Faldero impenitente y compulsivo como era -Dios lo tenga en su santa gloria-, volvió a caer en sus menudos y habituales pecadillos. En este caso, conseguir los favores de Magdalena Broham, una apasionada y succulenta actriz francesa a la que nuestro embajador en la corte de los zares había puesto los puntos.

### Amor en documentos oficiales

Lo realmente extraordinario y novedoso de este caso es que su primer encuentro con la Broham lo describiera don Juan en una carta oficial destinada al viceministro de Asuntos Exteriores, don Leopoldo Augusto de Cueto. Ahí señala cómo él se encontraba en un sillón, con la bella recostada en un diván. Y añade: “Magdalena se incorporó entonces y me miró a su vez, con ojos tan cariñosos y provocativos, que me levanté en peso del sillón y diciéndola ‘te amo’ me eché sobre ella...” (y “hasta aquí puedo leer”).

Dos notas considero necesario subrayar. La primera, el hecho de que semejante peripecia se contara, y con todo lujo de detalles, en una comunicación oficial, cuyo texto se conserva en el Ministerio de Asuntos Exteriores. La segunda, que el párrafo que acabo de citar había sido

ya expurgado antes de su publicación. Se trata, pues, de una versión edulcorada. La pregunta que se impone es inevitable: ¿qué diría la carta antes del mutilador tijeretazo? No lo sé, porque la información que he manejado es la contenida en la edición de las obras completas de Valera, publicada por Aguilar en 1935. Y en ellas, las misivas que contiene ya estaban censuradas.

Al margen de estas “aventuras de boudoir” -hay más- de nuestro fogoso secretario, es de justicia señalar que las cartas que envió desde San Petersburgo constituyen un verdadero monumento del arte epistolar. Y es que, aunque estuvo en ese puesto sólo unos meses, fueron suficientes para dejarnos una correspondencia de valor excepcional, que contiene un inteligente, profundo y atinado análisis sobre la Rusia de mediados del siglo XIX. Cuando fui nombrado embajador en Moscú, a finales de 1986, casi 130 años después de esas misivas, las leí con verdadera fruición. Y puedo asegurar que me fueron de gran utilidad para conocer las entretelas del puesto al que había sido destinado.

Osuna -inútil es decirlo- solicitó el traslado fulminante de Valera, que Madrid le concedió. Y en la ciudad del Neva quedó inconsolable y malherida -aunque no por mucho tiempo- la bella Magdalena. Don Juan pasó a Varsovia y luego a Berlín, donde tenía amigos. Y desde allí mandó otra carta, con la que puso punto final a su aventura rusa. Esto es lo que decía:

“Heme aquí, querido Mariano, libre ya de mis deberes diplomáticos y lejos de mi ofendido jefe. ¡Alabado sea Dios, que así lo ha dispuesto!”

En fin, desgracias que Dios manda. En 1883, ya casado y con tres hijos, es nombrado Embajador en Washington. Son los años delicados del Gobierno de la Restauración borbónica en Madrid, cuando el puesto de la capital americana revestía especial importancia para España. Don Juan, curtido ya en variadas tareas diplo-

máticas -llevaba casi cuatro décadas de carrera-, supo estar a la altura de lo que las circunstancias requerían. Pero, una vez más, volvió a cruzarse en su camino la mujer. En este caso, fue la hija del Secretario de Estado americano, la culta y atractiva Katherin Lee Bayard, que acabó por quitarse la vida.

Valera había ingresado en la Real Academia Española en 1861, a pesar de contar con sólo 37 años. Luego, en 1904, enfermo y casi ciego, es nombrado miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Su discurso de entrada lo tuvo que dictar y no lo pudo leer. Falleció el 18 de abril de 1905, dejándonos un inmenso legado cultural. Sus últimos meses me recuerdan el final de otro gigante de las letras: don Francisco de Quevedo. También enfermo y casi ciego, vino a morir a Villanueva de los Infantes, donde escribió sus postreros y más amargos versos:

“Como los ríos que en veloz corrida  
se van hacia la mar, tal voy llevando  
el último suspiro de mi vida”.

Así fue nuestro admirado don Juan, el más ilustre de los diplomáticos-escritores españoles.

## Ángel Ganivet, o la nostalgia de Granada

En mis charlas, he citado con frecuencia una frase del vizconde de Chateaubriand, otro diplomático-escritor, francés en este caso, que sostuvo lo siguiente: “La gran vocación política y diplomática hace hombres solitarios, como la gran vocación religiosa hace anacoretas”. Así es. Lejos de su tierra y de sus gentes, los profesionales de este oficio mío suelen encerrarse en una cáscara que, en no pocas ocasiones, puede ser impenetrable. Es el síndrome de la soledad: un sentimiento abrumador que llega a transformarse en obsesión y que él procura combatir con ayuda de la pluma.



En las noches ardientes de los consulados tropicales, o en los helados destierros de las nieves, el diplomático necesita el apoyo de los suyos, que evoca en la distancia; y notar, sobre la piel del alma, la sencilla calidez de la ciudad o el pueblecito en que enderezó los pasos. Porque, para quienes viven apartados del entorno en que han nacido, su patria chica será siempre la Tierra Prometida; y escribir sobre ella, un acto de amor, un sentirse acompañado.

Esta amarga soledad, en su más dura expresión, la representa como nadie un granadino: Ángel Ganivet. En sus puestos consulares, desde las brumas de Amberes a los vientos de cuchillo de Helsinki y de Riga, donde encontró su trágico final, vivió la devoradora ausencia de su ciudad natal, tan lejana, hermosa y añorada. En ‘Granada la bella’ da rienda suelta a esos anhelos, a veces marcados por un desgarramiento que no trata de ocultar. Especialmente sensible es su reflexión sobre La Alhambra que, según nos dice, “no es ese alcázar vaporoso donde se vivía en fiesta permanente”, sino la muestra decadente de una civilización agonizante. Estas fueron sus palabras:

“El destino de lo grande es ser mal comprendido. Todavía hay quien, al visitar La Alhambra, cree sentir los halagos y arrullos de la sensualidad, y no siente la profunda tristeza que emana de un palacio desierto”.

Es una Alhambra diferente de la que cantó Washington Irving. Ahora estamos ante un viejo recinto amurallado, cuya imagen tenía poco que ver con la que difundían los viajeros románticos del siglo XIX. Desde sus imaginaciones desbordadas, estos trotamundos europeos se esforzaron por buscar, entre las piedras de la Fortaleza Roja, historias y leyendas que deseaban revivir. No las encontraron y Ganivet les acusó de falsear la realidad. Para él, la belleza incomparable de La Alhambra está precisamente en ser un icono devastado, representación de un mundo

“LEJOS DE SU TIERRA  
Y DE SUS GENTES, LOS  
PROFESIONALES DE ESTE  
OFICIO MÍO SUELEN  
ENCERRARSE EN UNA  
CÁSCARA QUE, EN NO  
POCAS OCASIONES, PUEDE  
SER IMPENETRABLE”

en ruinas. En el fondo, un reflejo de su propio drama personal, hecho de amargura y soledad. Ganivet había vivido el visible declinar de la España que él amaba, y expresó sus sentimientos y preocupaciones en dos obras que marcaron el camino para otros pensadores de la Generación del 98. Son su ‘Idearium español’, publicado en 1897, y ‘El porvenir de España’, dado a la estampa un año después. No voy a tratar su contenido. No es esa mi intención. Lo que me interesa destacar de este diplomático-escritor es su propia vida. O, mejor dicho, la tragedia de su vida.

Cuando llega a la capital de Estonia como cónsul, Ganivet es ya un hombre derrotado. Piensa que todo le ha salido mal. Sus múltiples amores no le han dado la estabilidad que precisaba. España camina hacia el inminente desastre del 98, que él supo anticipar. Y su Granada, presente en el recuerdo, está perdida en la distancia. Siente, con más intensidad que nunca, una aterradora soledad que no supo o no quiso combatir. Y decide quitarse la vida, arrojándose a las heladas aguas del Dvina. Fue el 29 de noviembre de 1898. Tenía sólo 33 años.

Un contemporáneo suyo, el poeta y también diplomático mejicano Francisco de Icaza, ante un mendigo ciego que pedía a las puertas de La Alhambra, compuso unos inspirados y sentidos versos en los que a mí me gusta ver un homenaje a la figura de Ángel Ganivet y su ‘Granada la Bella’. Hoy, esculpidos en piedra y colocados contra un muro de Los Adarves,



Juan Valera



Ángel Ganivet

en las faldas de la Torre de la Vela, dicen lo que sigue:

“Dale limosna mujer,  
que no hay en la vida nada  
como la pena de ser  
ciego en Granada”

Sí, el diplomático puede llegar a sentir, más que ningún otro, la nostalgia de esa “patria chica” que acabo de mentar. Cuando publiqué ‘La Sierra caliente’, la segunda de mis obras sobre el ahora Parque Natural de las Sierras de Cazorla, Segura y Las Villas, todos los periodistas que me entrevistaron para diversos medios me hicieron una misma pregunta: ¿cómo un embajador, en vez de escribir sobre política internacional lo hace para pintar el medio rural y los campesinos que lo habitan? Yo les contesté con la reflexión de Chateaubriand: “Porque el diplomático necesita, más que nadie, echar mano de la pluma para combatir la soledad”. Es decir: escribe de lo suyo para estar acompañado.

## Paisajes naturales

En mis cuatro libros publicados sobre las tierras altas de Jaén (el último, ‘La ruta de los monteseros’), hablo no solo de la provincia que

me vio nacer, sino de los personajes con quienes compartí alguno de los más felices momentos de mi vida. En sus páginas están los más bellos rincones de este prodigioso espacio natural. Y están los guardas, furtivos, pastores y pineros: hombres de pasos aplomados -ya lo tengo dicho- y palabra sosegada, recios y sufridos, altivos como reyes, que han sabido plantar cara a la más adversa realidad. Para añadir que ellos son el alma de estas tierras, y el imprescindible componente que da vida y hondura a su paisaje. Convencido, como estoy, de que “sin sus hombres y mujeres, la Sierra es solo piedra”.

Literatura y diplomacia son conceptos que, dentro y fuera de España, van frecuentemente unidos de la mano. Un manojito de premios Nobel, europeos y americanos, lo atestiguan. En las páginas de este artículo podría haber mentado una docena de diplomáticos españoles que han sido, además, formidables escritores. Pero he querido ofrecer algunas pinceladas sobre solo tres autores: Washington Irving, Valera y Ángel Ganivet. Tres brillantes personajes que, por su obra y por su vida, siguieron muy diferentes andaduras; pero que tenían en común su acendrado amor a España. Algo que los de esta carrera mía debemos llevar grabado a fuego en lo más hondo.